

Lorenzo Errandonea, el más antiguo en Japón

José P. Burgués Sch.P.

El P. Lorenzo pertenece al primer grupo de escolapios que llegaron a Japón. No a la primera hornada de 1950 (PP. Feliciano y Perea), ni a la segunda de 1952 (PP. Iraola, Rivero, Imanol, Ignacio; H. Gabriel). Pero después ya viene él. El Señor ya llamó a su lado a los predecesores, excepto al P. Perea; ahora es él quien lleva más tiempo viviendo en Japón. Desde 1953, lo cual significa que ya va para los 60 años en tierras niponas.

El P. Lorenzo es un vasco de Vera de Bidasoa (Navarra), donde nació en 1928. En su villa natal conoció a los escolapios, a quienes decidió unirse cuando llegó el momento. En 1943, con 15 años recién cumplidos, entró al noviciado. Continuó sus estudios, y en 1951 fue ordenado sacerdote. Los escolapios acababan de poner los pies en Japón, y el P. Provincial iba pidiendo (y seleccionando) voluntarios. El P. Lorenzo fue uno de ellos. En lugar de pasar por Estados Unidos (como los PP. Rivero, Imanol e Ignacio, del grupo anterior, fue enviado directamente al imperio del Sol Naciente, dejando el estudio del inglés para más adelante.

Llegado a Yokohama, donde se encontraba la única comunidad existente entonces, el 8 de septiembre, pronto comienza el estudio del japonés en la escuela que los PP. Franciscanos tenían en Roppongi, Tokio. Es un largo desplazamiento cada día, pero no po-

día unirse al otro grupo de escolapios que estudiaban japonés en casa con un profesor, porque ellos ya llevaban un año de adelanto. Tras dos años de estudio del japonés, en 1955 es enviado a aprender inglés a Estados Unidos, donde permanece durante un año.

Vuelto a Japón, es destinado a la comunidad y parroquia de Yokohama, donde ha pasado buena parte de su vida escolapia. Allí fue rector varias veces, entre 1964 y 1987. Y párroco, casi todo el tiempo que estuvo allí. Su faceta de profesor la desarrolló durante muchos años también enseñando español en un colegio femenino de enseñanza secundaria.

Después de abrirse definitivamente la casa de Tokio en 1987, el P. Lorenzo fue enviado a ella, y en ella ha sido (y es) rector durante muchos años.

Hay vidas de misioneros espectaculares: van a muchos lugares, construyen iglesias, escuelas, fundan comunidades, escriben libros... Hay otros misioneros cuya vida es mucho más humilde, como las violetas que se esconden entre la hierba, pero dejan sentir su buen olor. La vida del P. Lorenzo pertenece a este segundo tipo. En su



Evangelizar educando



El P. Lorenzo con el H. Jesús Cegama y seis juniore filipinos en la casa de Tokio, 2006

vida no hay ningún acontecimiento espectacular (yo me atrevería a decir que el mayor exceso que ha cometido en su vida ha sido un viaje a la India conmigo en 1998, para la reunión asiática escolapia de Aroor). No se diferencia mucho, por lo demás, de la de los demás escolapios misioneros en Japón. Todos ellos merecen un homenaje colectivo: la misión de Japón es la más exigente de la Orden (por la dificultad para adaptarse a la cultura y la lengua; por la distancia, que aunque ahora en avión no es mucho mayor que la de cualquier otra, al principio, con viajes en barco era enorme), y al mismo tiempo la menos gratificante: después de más de 60 años, ni una sola vocación escolapia ha cuajado. Y sin embargo allí seguimos; firmes a la tarea testimonial a la que todos los misioneros que allí han sido enviados se dedican. El estudio continuo del idio-

ma que siempre se resiste, la preparación de la homilía semanal, la rutina del horario comunitario a pesar de ser pocos; la oración y la esperanza... esos son los elementos cotidianos de la vida del P. Lorenzo, por muchos años. Con esos elementos al parecer tan frágiles, tan sencillos, se puede construir una sólida santidad.

Esa vida tranquila se vio alterada a partir del año 2000 cuando los superiores decidieron enviar a algunos juniore filipinos a estudiar japonés a la casa de Tokio. La experiencia ha producido sus frutos (contrastados con no pocos fracasos), pero todos los que han pasado por la casa de Tokio han podido nutrirse con el ejemplo religioso del P. Lorenzo. Su carácter sencillo, su sentido del humor y su esperanza contagiosa nos ha marcado a todos los que hemos tenido la suerte de convivir con él, aunque sólo haya sido por periodos cortos. El P. Lorenzo no es conocido de muchos escolapios (hace ya muchos años que no va de vacaciones), y yo no quería dejar pasar esta oportunidad para darlo a conocer un poco: ahí tenemos todos nosotros un modelo, un regalo de Dios. Gracias por este regalo, Señor.